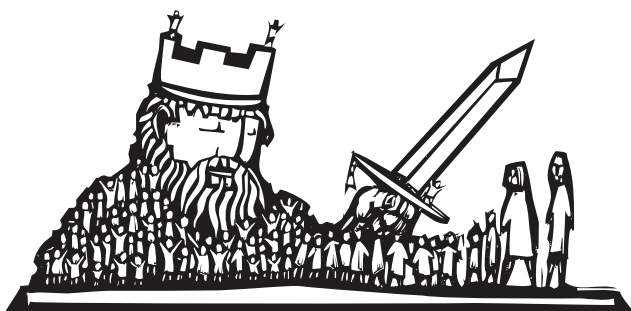

CAPÍTULO 10



Desagradable, brutal y breve *Thomas Hobbes*

Thomas Hobbes (1588–1679) fue uno de los pensadores políticos ingleses más importantes. Lo que no es tan conocido es que también fue uno de los primeros fanáticos del ejercicio. Cada mañana salía a dar un largo paseo y subía colinas a rápidas zancadas hasta quedarse sin aliento. Por si se le ocurría alguna buena idea mientras paseaba, se hizo hacer un bastón especial con un tintero en el mango. Este hombre alto, rubicundo y alegre que lucía bigote y una barba algo rala había sido un niño enfermizo. De adulto, en cambio, contó con una salud extraordinaria y jugó al tenis hasta una edad muy avanzada. Comía mucho pescado, bebía muy poco vino y solía cantar —cuando estaba a solas, procurando que nadie le oyera— para ejercitar los pulmones. Y, por supuesto, al igual que la mayoría de filósofos, tenía una mente muy activa. El resultado es que vivió hasta los 91 años, una

edad extraordinaria para un siglo, el XVII, en el que la esperanza de vida era de 35 años.

A pesar de su carácter cordial, Hobbes, al igual que Maquiavelo, no tenía muy buena opinión del ser humano. Creía que todos somos básicamente egoístas y que nos mueve únicamente el miedo a la muerte y la esperanza de un beneficio personal. Todos buscamos dominar a los demás, tanto si somos conscientes de ello como si no. Si no aceptas el retrato que Hobbes hace de la humanidad, ¿cómo es que cierras la puerta cuando sales de casa? ¿Quizá porque sabes que hay mucha gente que no dudaría en robarte todo lo que tienes? Podrías argumentar que sólo *algunas* personas son tan egoístas. Hobbes, sin embargo, no estaba de acuerdo. Creía que en el fondo todos lo somos, y que sólo la ley y la amenaza de un castigo nos mantienen bajo control.

La consecuencia de esto, argumentaba él, es que si la sociedad se viniera abajo y tuvieras que vivir en lo que él llamaba «un estado de naturaleza», sin leyes ni nadie que pudiera protegerte, tú, igual que todos los demás, robarías y asesinarías cuando fuera necesario. O, al menos, tendrías que hacerlo si quisieras seguir viviendo. En un mundo de recursos escasos, y en particular si tuvieras que buscar comida y agua para sobrevivir, lo racional sería matar a alguien antes de que te matara a ti. Según la memorable descripción de Hobbes, la vida fuera de la sociedad sería «solitaria, pobre, desagradable, brutal y breve».

Si eliminásemos el poder del estado para impedir que la gente invada otros países y mate a quien quiera, el resultado sería una guerra interminable en la cual todo el mundo se enfrentaría entre sí. Es difícil imaginar una situación peor. En este mundo sin ley ni siquiera el más fuerte estaría a salvo durante mucho tiempo. Todo el mundo ha de dormir; y cuando estamos dormidos somos vulnerables a los ataques. Incluso el más débil, si es suficientemente astuto, podría destruir al más fuerte.

Podrías pensar que un modo de evitar que te maten es unirte a algunos amigos. El problema es que no podrías es-

tar seguro de quién es de fiar. Aunque otros hayan prometido ayudarte, en alguna ocasión quizá les puede convenir romper su promesa. Sin un nivel básico de confianza, cualquier actividad que requiera cooperación, como cultivar comida a gran escala o construir algo, sería imposible. No sabrías cuándo te están engañando hasta que fuera demasiado tarde, y para entonces quizá ya te habrían clavado literalmente un cuchillo en la espalda. Y no habría nadie que castigara a la persona que te ha apuñalado. Tus enemigos podrían estar en todas partes. Vivirías con el miedo constante de un ataque: una perspectiva no muy atractiva.

La solución, argumentó Hobbes, sería poner al mando a alguien poderoso o a un parlamento. Los individuos en el estado de naturaleza tendrían que aceptar un «contrato social», un acuerdo mediante el que renunciarían a algunas de sus peligrosas libertades a cambio de seguridad. Sin lo que él llamó una «soberanía», la vida sería una especie de infierno. Esta soberanía tendría derecho a infligir severos castigos a todo aquél que no siguiera unas normas. Hobbes creía que había ciertas leyes naturales que reconoceríamos como importantes, como que deberíamos tratar a los demás tal y como esperamos que nos traten a nosotros. Las leyes no sirven de nada si no hay alguien o algo suficientemente fuerte para hacer que todo el mundo las cumpla. Sin leyes, y sin una soberanía poderosa, la gente que viviera en el estado de naturaleza terminaría muriendo de forma violenta. El único consuelo es que una vida así sería muy corta.

En *Leviatán* (1651), su libro más importante, Hobbes explica con detalle los pasos necesarios para pasar de la situación de pesadilla del estado de naturaleza a una sociedad segura en la que la vida sea soportable. El «Leviatán» es un monstruo marino gigantesco descrito en la Biblia. En Hobbes, es una referencia al gran poder del estado. Al inicio de *Leviatán* se puede ver el dibujo de un gigante que sobresale por detrás de unas colinas con una espada en una mano y un cetro en la otra. La figura está hecha de muchas personas pequeñas, que siguen siendo individuos. El gigante represen-

ta el estado poderoso y su cabeza la soberanía. Sin ésta, creía Hobbes, todo se vendría abajo y la sociedad se descompondría en cada uno de sus individuos, dispuestos a despellejarse entre sí para sobrevivir.

Los individuos que vivieran en el estado de naturaleza tendrían, pues, muy buenas razones para trabajar juntos y buscar la paz. Sólo así estarían a salvo. Si no, sus vidas serían terribles. La seguridad sería mucho más importante que la libertad. El miedo a la muerte empujaría a la gente a formar una sociedad. Hobbes pensaba que estarían de acuerdo en renunciar a gran parte de su libertad a cambio de alcanzar un contrato social, una promesa para permitir que la soberanía impusiera sus leyes. Todos vivirían mejor bajo una autoridad poderosa que peleándose entre sí.

Desde que estaba en el útero, Hobbes vivió una época peligrosa. Nació antes de tiempo porque su madre se puso de parto al oír que la armada española había zarpado en dirección a Inglaterra y que probablemente invadiría el país. Afortunadamente, eso no ocurrió. Más adelante, escapó de los peligros de la guerra civil inglesa trasladándose a París, pero el miedo a que Inglaterra pudiera caer en la anarquía está presente en toda su obra posterior. Fue en París donde escribió *Leviatán*, y no regresó a Inglaterra hasta poco después de su publicación en 1651.

Al igual que muchos pensadores de su época, Hobbes no era sólo un filósofo; era lo que hoy en día llamaríamos un hombre renacentista. Tenía un gran interés por la geometría y la ciencia, así como por la historia antigua. De joven se sintió atraído por la literatura y comenzó a escribir y traducir. En cuanto a la filosofía, no se dedicó a ella hasta llegar a la mediana edad y era un materialista. Creía que los humanos somos únicamente seres físicos y que el alma no existe: sólo somos cuerpos y, en última instancia, éstos no son más que máquinas complejas.

Los mecanismos de relojería representaban la tecnología más avanzada que había en el siglo XVII. Hobbes creía que los músculos y los órganos del cuerpo eran su equivalente: solía

escribir acerca de los «muelles» de la acción y de los «engranajes» que nos mueven. Estaba convencido de que todos los aspectos de la existencia humana, incluido el pensamiento, eran actividades físicas. En su filosofía no había espacio para el alma. Hoy en día muchos científicos sostienen esta idea, pero para su época era absolutamente radical. Hobbes llegó incluso a asegurar que Dios debía de ser un gran objeto físico, si bien algunas personas consideraban que en el fondo esto era una forma disimulada de declarar su ateísmo.

Los críticos de Hobbes creen que fue demasiado lejos al permitir a la soberanía (fuera ésta un rey, una reina o un parlamento) disponer de un poder semejante sobre el individuo en la sociedad. Al estado que describe, hoy lo llamaríamos autoritario: aquél en el que la soberanía tiene un poder prácticamente ilimitado sobre los ciudadanos. Aunque la paz sea deseable, y el miedo a una muerte violenta un potente incentivo para someterse a los poderes pacificadores, otorgar tanto poder a un individuo o un grupo de individuos puede ser peligroso. Hobbes no creía en la democracia (pues no creía en la capacidad de las personas para tomar decisiones por sí mismas), pero quizá habría cambiado de opinión si hubiera podido conocer los horrores cometidos por los tiranos en el siglo xx.

Hobbes era célebre por su rechazo a la existencia del alma. Su contemporáneo René Descartes, en cambio, creía que la mente y el cuerpo eran cosas completamente distintas. Seguramente por eso Hobbes creía que a Descartes se le daba mucho mejor la geometría que la filosofía y que debería haberse dedicado a ella.